

Y la calabaza se convirtió en carroza

Por RAMÓN COLLADO

En mi barrio, como en toda Cuba, una boda es un acontecimiento que concita la atención de muchos, pero todos los días no se casa una muchacha criolla con un extranjero, y esto último moviliza a un número considerable de gente, que también desea ser invitada ante la posibilidad real de comer y beber con cierta abundancia. Así ocurrió recientemente en mi barrio del populoso Centro Habana.

La familia de la novia se muestra muy feliz ante el enlace matrimonial de esta con un italiano. Quizá piense que, como en la célebre narración, la calabaza se ha convertido en una bella carroza nupcial.

En la calle, otras muchachas contemplan con envidia el espectáculo; la frase ¡qué suerte tuvo! se torna repetitiva, y las mentes vuelan hacia lo que sucederá posteriormente.

Hay un brillo de esperanza en el interior de la vivienda de la recién casada, a pesar de la suciedad de sus paredes por la falta de pintura y la escasa luz del bombillo incandescente

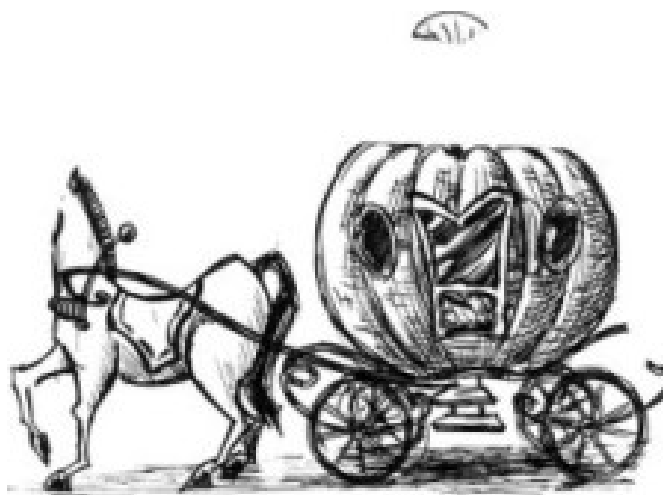


Ilustración: BALLATE

que pende solitario del techo en el comedor.

Con el tiempo, seguramente poco tiempo, comenzarán a llegar las remesas de dinero y los paquetes de bienes materiales.

Así se muestra la pobreza de mi barrio, una pobreza que nace del espíritu de desconocer lamentablemente qué significa la dignidad, porque la divisa del pobre ha dejado de ser, en numerosos casos, su sentido de la decencia.

En este lugar se escuchan, cada mañana, más maracas sonando que ora-

ciones al Padre nuestro, porque lo más importante de cada día no es dar gracias a Dios por lo que nos ha permitido vivir, sino tener exclusivamente dinero, desenvolvimiento y salud para disfrutar de todo lo anterior.

Aquí es donde me colocó Jesús.

Aquí es donde me corresponde ofrecer testimonio de vida en la fe.

Δ